



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

VALERIA DRAMÁTICA

DE

289ca
1886

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

UNA DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS



OFICINAS

CALLE DE JESUS Y MARÍA, NUM. 4, PRINCIPAL

MADRID

Digitized by Google





LA CALENTURA

LA CALENTURA

CONTINUACION DE «EL PUÑAL DEL GODÓ»

DRAMA FANTÁSTICO EN UN ACTO

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

TERCERA EDICION

M. P. D.

PRECIO: UNA PESETA

MADRID

ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ

Calle de la Oava-alta, 5

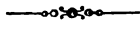
1888

818
28732
1882

PERSONAJES

ACTORES

Florinda.....	DOÑA MATILDE DÍEZ.
Don Rodrigo.....	DON JULIAN ROMEA.
Theudis.....	DON FLORENCIO ROMEA.
El monje Romano.....	DON PEDRO LOPEZ.



NOTA. *Los versos que van marcados con esta señal * se suprimen en la representacion.*

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripcion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

afet
Philippe K...
3-7-57

AL SEÑOR

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

ENCARGADO DE NEGOCIOS POR S. M. C. EN DINAMARCA

Querido Leopoldo: Te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envío para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague acuérdate de tu mejor amigo

José Zorrilla.

Madrid 3 de Octubre de 1847.

ACTO ÚNICO

Cabaña del monje Romano

ESCENA PRIMERA

ROMANO

ROMANO. Señor, Tú, que al más mezquino
gusano infundes aliento
para que pueda contento
cumplir su vital destino;
Tú, cuyo soplo divino
á cuanto crece y respira
fe en tu omnipotencia inspira,
no dejes que sólo el hombre
tu poder tenga y tu nombre
por una inútil mentira.

Fué rey, y se ve sin trono;
noble, y se ve sin honor;
soldado, y perdió el valor.
¿Qué le resta en su abandono?
Doquier cree tu eterno encono
ver; nadie en su mal le abona;
todo el mundo le abandona;
vuelve ¡oh Dios! al que olvidado
se ve rey, noble y soldado,
sin valor, honra y corona.

Jesús, hijo de María,
Redentor del universo,

por el justo y el perverso
 espiraste el mismo día.
 Duélete de su agonía,
 por la que en la cruz sufriste,
 y que no imagine el triste
 que si por todos bajaste,
 al desdichado olvidaste
 y al pecador redimiste.

Mas ya es de noche; el nublado
 espesa; brilla la llama
 del relámpago; el mar brama
 á lo lejos irritado.

¡Infeliz! Él, descarriado,
 ni aun verá los elementos
 turbarse, y á pasos lentos
 cruzando el monte sin tino,
 le arrastrará el torbellino
 de sus tristes pensamientos.

En fin, Dios cuidará de él.
 Nada se puede esperar
 de tan intenso pesar
 ni de infortunio tan cruel.
 Henchido tiene de hiel;
 su corazón, y enemigo
 siempre invencible, consigo
 le lleva siempre. (Escuchando.) Ya creo
 que sube... Pero, ¡qué ve!
 (Entra Theudia embozado.)
 ¿Quién es?

THEUD. (Mostrándose.) Un antiguo amigo.

ESCENA II

ROMANO y THEUDIA

ROMANO. ¡Theudial

THEUD. Yo soy, buen anciano.

ROMANO. ¡Qué os vuelvo á ver!

THEUD. ¡Ay de mí!

- Por imposible lo dí,
mas Dios me dió su mano.
- ROMANO.** Decís bien, Dios está en todo;
y pues os trae á mi amparo
segunda vez, está claro
que es el mejor acomodo.
Ea, sentaos; tomad
posesion de mi chozuela;
(Siéntase Theudia á la lumbre.)
calentaos; ¿no os consuela
esa llama?
- THEUD.** Sí en verdad.
- ROMANO.** Acercaos más; así.
¿Traereis hambre?
- THEUD.** De dos dias.
- ROMANO.** Viandas hay, aunque frias.
- THEUD.** Dadme; aun hay calor en mí
que suplirá al de la lumbre,
y comer frio no daña
á quien trae de la campaña
la privacion por costumbre.
- ROMANO.** Entrad, pues, á ese pastel
como si fuera á una plaza
enemiga.
- THEUD.** ¡Buena traza
tiene!
- ROMANO.** Pues firme con él.
Aquí teneis un vasijo
con vino añejo de Oporto.
- THEUD.** Padre, me dejais absorto.
¿Aquí vino?
- ROMANO.** Bebed, hijo;
(Theudia come y bebe.)
gozad el bien que os da Dios,
y aprended que en él tan sólo
no cabe falta ni dolo;
y pues os crió, de vos
cuida su paterna mano,
porque sin su voluntad

- no bulle en la inmensidad
ni el átomo más liviano.
- THEUD. Anciano, teneis razon,
y nadie en su gran poder
mayor fe puede tener
que Theudia en su corazon.
Sí, padre; yo he visto al hombre
en su agonía mil veces,
y siempre le oí con preces
invocar su santo nombre.
No hay mercader tan infame
ni tan blasfemo soldado
que, por la muerte llamado,
á Dios muriendo no llame.
Y tal vez al pensamiento
que puse una noche en Dios,
debo el hallarme con vos
aquí, y en este momento.
- ROMANO. Os creo, Theudia; sin duda
os creo, porque los males
son recuerdos celestiales
con que nuestra fe se ayuda.
¿No más? (Theudia aparta la vianda.)
- THEUD. Soy sóbrio, aunque godo;
mas el hambre y el cansancio,
por la pasta y por el rancio,
me han hecho olvidar de todo.
Dios me perdone. Ahora, hermano,
decídmeme...
- ROMANO. No os fatigueis
en preguntas.
- THEUD. ¡Oh! ¿Sabeis
de él?
- ROMANO. Sí sé.
- THEUD. ¡Dios soberano,
gracias! Ya desconfiaba
de volverle en vida hallar.
¿Qué es de él? ¿Qué hace?
- ROMANO. Vegetar

como una planta que traba
raíces en un peñon
por un turbion producida,
y espera al peñaasco asida'
que la arranque otro turbion.

THEUD. ¡Infeliz! ¡Cuánto há que vino?

ROMANO. Tres meses ya. Todavía
era de noche, y dormia
yo aún, cuando un repentino
golpe en la puerta asentado,
estremeció la cabaña.

Tal visita era harto extraña,
y acudí sobresaltado.

Abrí, entró; sombrío, mudo,
avanzó con lento paso;

colgó, sin hacerme caso,
espada, casco y escudo
en el pilar; se metió

en la pieza que ocupaba
la otra vez, y como estaba,
sobre una piel se tendió.

Durmióse al punto. ¡Ay de mí!

¡Cómo venia el cuitado!

Herido, roto, embarrado...

lloré cuando tal le ví.

Llaméle, mas no dormia.

Fuerza febril le sostuvo
hasta llegar; mas cuando hubo

el fin que se proponia

tocado, le abandonó

su vigor calenturiento,

y en un aletargamiento
anonadado cayó.

La hambre, el pesar, la fatiga,
que al par en él presa hicieron,

ví que á la par le rindieron.

Con solicitud amiga

desnudéle, y le abrigué

de unas pieles al calor;

- espirituoso licor
 vertí en su boca, y dejé
 que con el sueño cobrara
 las fuerzas que abandonado
 le habian; me eché á su lado,
 y esperé á que despertara.
- THEUD. ¡Oh, buen amigo, dejad
 que os bese la noble mano!
- ROMANO. Él infeliz, yo cristiano,
 cumplí con la caridad.
- THEUD. ¡Bendígaos Dios!... Mas, seguid,
 seguid.
- ROMANO. El sol se ocultaba
 ya, cuando él se despertaba
 poco á poco.
- THEUD. ¿Y qué hizo?
- ROMANO. Oid.
- Tendió una vaga mirada
 en torno de sí; me vió,
 y el infeliz sonrió
 sin poder decirme nada;
 porque al hallar un amigo
 que lloraba junto á él,
 su suerte vió menos cruel,
 y echóse á llorar conmigo.
- THEUD. ¡Oh! Se comprende muy bien.
- ROMANO. Vistióse; tomó alimento,
 y oramos por un momento.
 Hizolo él como quien
 pone en Dios una fe santa,
 y en alas de su oracion,
 entero su corazon
 al trono de Dios levanta.
 Tranquilo despues le ví,
 y tendiéndome la mano,
 dijo: Ya lo veis, hermano,
 vuelvo á vos, mirad por mí.
 De entonces acá, ni aun tiene
 voluntad; orad le digó,

y se arrodilla conmigo;
id ó venid, y va ó viene.

THEUD. ¿Y nunca os dijo...?

ROMANO.

Jamás;

como en el tiempo pasado,
en silencio se ha encerrado,
y yo nunca quise atrás
la vista hacerle volver,
por no renovar la herida
que el recuerdo de su vida
le debió en el alma hacer.
Mudo así, pero tranquilo
vive, y tengo á buen consejo
dejarle como le dejo
vivir, quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
con gratitud; no desdeña
bajar al monte por leña,
sacar agua del algibe,
encender fuego, arreglar
los trastos de la cabaña;
nada le ofende ni extraña;
conmigo vive á la par,
y todo á ambos es comun.
Para él pedí á mi convento
más nutritivo alimento;
se lo sirvo; pero aun
no ha dado señal ninguna
de ver si hay más que agua y pan;
come de lo que le dan,
sin notar mudanza alguna.
Mas á veces, como á impulso
de algun vértigo arrastrado,
sale desatentado
de la cabaña, y le llamo
en vano; de risco en risco
huye montaraz, arisco,
como un acosado gamo
que huyendo va del ojeo,

y metido en la espesura
 se está, hasta que cierra oscura
 la noche. ¡Ay! Entonces veo
 en su cara macilenta
 y el cansancio que le abate,
 las huellas de la tormenta
 interior que le combate.
 Le hago orar, y se consuela;
 mas bajo el sayo eremita
 la sangre real se le irrita
 y el corazón se revela.
 Hoy tarda ya. El desdichado,
 hoy como nunca sombrío,
 me dijo: «Orad, padre mío,
 por este desventurado.
 Orad más que ningún día
 hoy, porque yo os aseguro
 que es el día más oscuro
 que hay en la existencia mía.»

THEUD. ¿Hoy? ¿Quién sabe el día fijo
 á su recuerdo más cruel?
 ¡Son tantos! Padre, por él
 oremos.

ROMANO. Oremos, hijo.

(Al irse á arrodillar ambos, Theudia, que escucha, detiene al Ermitaño.)

THEUD. Mas aguardad un momento,
 pues, ó me engañó el oído,
 ó á lo lejos he creído
 oír un grito.

ROMANO. Fué el viento
 de la tempestad acaso.

(Abre la puerta del fondo; se ve relampaguear.)
 Ved cómo el nublado avanza.

THEUD. Mi oído es fino, y alcanza
 de alguno que sube el paso.

ROMANO. Teneis razon; es su huella,
 la reconozco.

(Oyese muy á lo lejos un grito lúgubre.)

- THEUD. ¡Dios santo!
 ¿Qué grito es ese?
- ROMANO. Es de espanto,
 de agonía.
- THEUD. ¡Ah si se estrella
 algun barco!
- ROMANO. Vamos, pues,
 al mar; tal vez tiempo haya
 de atraer hácia la playa
 al náufrago, si lo es.

(Romano y Theudia van á entrar, Romano delante.—
 Don Rodrigo sale al mismo tiempo, y encarándose sólo
 con Romano, sin reparar en Theudia, le dirige la pala-
 bra.—Theudia permaneco en el fondo.)

ESCENA III

DICHOS y DON RODRIGO

- ROD. Padre, no os movais de aquí;
 no, no es náufrago el que grita.
- ROMANO. ¿Quién es?
- ROD. La sombra maldita
 que viene detrás de mí.
 Cerrad, cerrad.
- ROMANO. Son antojos
 que os forja algun desvarío.
- ROD. No; oí su voz, padre mio,
 y la he visto por mis ojos.
 Como un pájaro marino,
 como un vapor avanzaba
 por sobre el mar, que la daba
 sobre sus ondas camino.
 A la torba claridad
 de un relámpago la ví.
 ¡Maldita sombra! ¡Ay de mí!
 Me la trae la tempestad.
- (Don Rodrigo se sienta junto á la lumbre, tapándose la
 cara con las manos.)

- ROMANO. (A Theudia.) Aun no ha reparado en vos;
no os movais de ahí.
(A Don Rodrigo.) Hijo mio,
con ese vértigo impío
luchad; acudid á Dios.
- ROD. ¡Ay, padre! Dios no me escucha,
y á Satanás á la tierra
ha enviado á moverme guerra,
y es desigual esta lucha.
Yo á todo mi ánimo apelo,
pero por grande que sea,
¿quién, quién á un tiempo pelea
contra sí mismo y el cielo?
Ya os he dicho esta mañana
que hoy era mi dia aciago,
y témome algun estrago
contra el que mi fuerza es vana.
- ROMANO. Indigna supersticion,
hija de la fantasía.
- ROD. Del acíbar que se cria
en mi triste corazon.
Hija de la sangre amarga
que por celestial sentencia
envenena mi existencia,
cuanto más triste, más larga.
¿Qué me resta ya que hacer?
Llamé al cielo, y no me oyó;
me mostré á la tierra, y no
me quiso reconocer.
Sí, sí; esta es la misma hora
del crimen; este el fatal
dia de tan criminal
aniversario, y ahora
la sombra debe venir
á mis puertas á llamar,
sin que la pueda ahuyentar...
dejadme, pues, sucumbir.
Del Africa viene, sí;
yo la he visto balancearse

sobre el agua, y acercarse
á la playa contra mí.
¿No habeis oido en la calma
nocturna un horrendo grito?
Fué el espíritu maldito
que viene á pedir mi alma.

ROMANO. Serenaos, Don Rodrigo.

ROD. Jamás me llameis así;
bajo este nombre perdí
todo cuanto tuve amigo.
Solo en la tierra me hallo;
pereció cuanto leal
era á ese nombre fatal,
¡hasta mi último caballo!

(Don Rodrigo se levanta, trasportado por los recuerdos á los tiempos pasados. Varía de carácter, hasta volver á caer en su desvarío al fin de esta escena.—Depende del actor.)

Un generoso corcel,
con paramentos de malla;
todo un corcel de batalla.
¡Qué bizarro iba yo en él!
Sobre él, de venganza rayo,
encerrado en mi armadura,
llegué en una noche oscura
al campo de Don Pelayo.
Con él, al pié de una encina,
pasé aquella noche horrenda,
y abrigo, falto de tienda,
le dí con mi capellina.
Apenas el alba nueva
por el Oriente asomaba,
ya sobre él caracoleaba
por las márgenes del Deva;
y al escuchar los clarines
del feroz morisco bando,
su noble raza mostrando,
bufó, y erizó las crines.
Al combate me lancé

sobre él; con él me metí
entre los moros, y á mi
sabor los alanceé.

Tras de su tropel impío,
cuando ya huían deshechos,
tenaz se arrojó de pechos
conmigo en mitad del rio.

La corriente nos llevó;
llegué yo, hiriendo y matando,
hasta Causegadia, cuando
el monte se desplomó.

Cuantos arabes delante
llevaba, huyendo de mí,
se sepultaron allí,
bajo el peñasco gigante.

Mas de entre el golfo de espuma
que alzó el peñon desplomado,
sacóme á la orilla á nado,
flotando como una pluma.

Allí dí en tierra con él,
rendidos al fin los dos;
yo tendí la diestra á Dios,
y la siniestra al corcel.
Leal junto á mí yacia,
y al ir perdiendo el sentido,
me apercibí conmovido
que la mano me lamia.

Era el amigo postrero
que tenia, y yo pensaba
que á par de él aun espiraba,
si no rey, buen caballero.

¡Mas Dios no lo quiso así!
Al volver de mi desmayo,
de las gentes de Pelayo
cercado en torno me ví.
Halláronme al explorar
el campo al siguiente dia.

¡Más hiel allí todavía
restábame que apurar!

Pelayo me dijo: «Amigo,
¿quién eres? Por tí vencí.»
Yo ufano, ¡necio de mí!
contesté: «Soy don Rodrigo.»
Todo el mundo se echó atrás
con horror, y replicó
Don Pelayo: «Ya se hundió,
para no alzarse jamás,
Don Rodrigo, y de su nombre
no habrá ya rey en España;
mas tú has hecho en la campaña
cuanto puede hacer un hombre,
y en premio de tu valor,
á faz del pueblo te abono
yo; libre eres, te perdono
por lo bravo lo impostor.»
De sangre con una venda
cegó mis ojos la ira
al oír que de mentira
era mi palabra prenda.
Quedé inmóvil de coraje,
y teniéndome por loco,
dejáronme poco á poco
á solas con tal ultraje.
¡Solo aquella vil canalla
por quien lidié me dejó!
Mas no estaba solo, no;
mi fiel corcel de batalla
pacia en una ladera;
sobre la silla me eché,
el acicate le hiqué,
y se lanzó á la carrera.
Pensé en vos y en Lusitania,
y hacia vos me dirigí;
mas era sino ¡ay de mí!
perder en mi ciega insania
todo cuanto me era fiel!
¡En mi vértigo infernal,
me olvidé que era mortal

mi desdichado corcel!
 Desbocado le traía
 día y noche, sin cesar.
 A mí la hiel del pesar
 de alimento me servía
 del universo enemigo
 para huir; mas á él, que no,
 ¡noble animal! espiró,
 y con él mi último amigo.

(Don Rodrigo, al volverse, da con Theudia, que se ha puesto de rodillas á su lado á sus últimas palabras, y que le dice:)

THEUD. Señor, aun os quedo yo.

ROD. ¡Theudia!

THEUD. No echeis un caballo
 de menos; mientras yo viva,
 aun la fortuna no os priva
 de un amigo y de un vasallo.

ROD. Alza, y que yo te reciba
 en mis brazos. ¡Ay! Creí
 que tú también, como todos
 ingrato, harías allí
 causa comun con los godos,
 volviéndote contra mí.

THEUD. ¡Yo contra vos hacer bando!
 No; si ante vos estallando
 la tierra se nos derrumba,
 para entonces yo os demando
 la mitad de vuestra tumba.

ROD. Sí, te reconozco bien;
 tú solo fueras capaz
 de mirarme sin desden.

THEUD. Y de vengaros también
 del mundo entero á la faz.

ROD. Mas, ¿cómo hiciste jornada
 hácia aquí?

THEUD. Allá en Covadonga,
 viendo que era hombre de espada,
 me pusieron de avanzada
 por la noche. Que me exponga

yo más que estos, justo es,
 me dije; soy un soldado,
 y no hay completo un arnés
 en campo tan mal armado;
 de faccion quedéme pues.
 Creí juntarme con vos
 á la aurora; mas la lucha
 se trabó antes; yo os fui en pos,
 pero la gente era mucha,
 y quise apartarnos Dios.
 Caí herido; de un paisano
 lleváronme á la cabaña;
 y cuando ya me ví sano,
 volviendo al campo de España,
 nuevas de vos pedí en vano.
 Mas comprendí que vivíais
 por un soldado que habló
 de uno que por rey se dió;
 y juzgando que os vendríais
 aquí, tras vos eché yo.
 Orillas del Duero dí
 con los huesos de un corcel;
 cerca los pedazos ví
 de un arnés; fijéme en él,
 y el vuestro reconocí.

ROD. ¿No viniste, pues, por mar?

THEUD. No, y que lo penseis me asombra.

ROD. ¿Conque al llegar yo...?

THEUD. De entrar
 acababa.

ROD. ¡Horrendo azar!

THEUD. ¿Qué hay?

ROD. ¡No eras tú aquella sombra!

ROMANO. Señor...

ROD. Dejados, anciano,
 á solas por un momento.

ROMANO. (A Theudia.) Idle, por Dios, á la mano.

THEUD. (A Romano.) Yo procuraré con tiento
 calmar su espíritu insano.

ESCENA VI

DON RODRIGO y THEUDIA

ROD. ¡Theudia!

THEUD. Señor.

ROD. Escúchame. Tenia
sed de volverte á ver, de hablar contigo,
porque tú ves la desventura mia
tan inmensa cual es; porque testigo
de mi poder y de mi gloria un dia,
tú sólo puedes consolarme amigo;
*porque rey, necesito un caballero,
*no un monje en mi pesar por compañero.

THEUD. *Es un siervo de Dios.

ROD. *Mas nunca ha sido
*ni soldado ni rey; ni nació godo;
*ni vió jamás su nombre escarnecido
*y su honor arrastrado por el lodo;
*ni se vió de su pueblo maldecido,
*y rechazado, en fin, del mundo todo.
*¿Qué decir puede semejante amigo
*al inmenso dolor de don Rodrigo?
*Nada.—Siento exaltarse mi cabeza
*en esta soledad, y se enloquece
*débil ya mi razon. Sí; la pereza
de esta vida inactiva me enflaquece.
Theudia, bullir en mi cerebro siento
mil siniestras imágenes, que aumenta
como una inundacion cada momento.

THEUD. Quimeras son con que Satán os tienta.

ROD. ¡Pero odiosas, proféticas acaso!
¡Tentaciones horribles que no puedo
vencer!—¡Qué vida tan horrenda paso,
Theudia!—¡Ah, no me abandones! Tengo miedo.

THEUD. ¡Miedo, señor! ¿De qué?

ROD. Theudia, de todo;
de todo cuanto siento y cuanto miro;

de todo cuanto lleva un nombre godo;
de Dios, de mí, del aire que respiro.

THEUD. ¿De Dios? ¿No es infinita su clemencia?

ROD. Y tambien su justicia. *¿Crees que alcanza
*un dia de forzada penitencia
*el rayo á detener de su venganza?
*No; un reino entero pereció á mis manos
*por mi crimen fatal, y un pueblo entero,
*esclavo de los fieros africanos,
*venganza pide contra mí... y yo infiero
*que Dios se la ha de dar!—La tierra hispana
*tinta en la sangre de mi pueblo humea,
*sangre doquiera que la huella mana;
¡sangre por mí vertida!—Hay una idea
arraigada en mi mente, una profunda
conviccion en mi seno guarecida,
en que mi sino proverbial se funda,
y que es, Theudia, el tormento de mi vida.

THEUD. *¡Supersticion!

ROD. * Tal vez; pero se aferra
* más cada dia al corazon; se extiende
* más cada dia por mi mente, y cierra
* más mi horizonte á cada punto; atiende.
* Es la ley celestial; sobre la tierra
* abre Dios un infierno al rey que vende,
* cual yo, á sus pueblos; á este rey malvado
* le señala un espíritu, que impío
* le acosa, al pueblo hasta dejar vengado;
* y yo siento ese espíritu á mi lado
* que venga de su rey al reino mio.*

THEUD. ¡Supersticion!

ROD. No, no; yo sé, yo creo
que, de Dios mensajero, tras mí vaga
místico sér que por doquier me amaga
y por doquiera junto á mí le veo.

THEUD. ¿Mas quién es ese sér?

ROD. No sé; un fantasma
que marcha tras de mí cuando camino;
su huella siento, y de terror me pasma;

va á mi lado, es mi sombra, mi destino.
 Escucha. A veces, á la luz postrera
 del día, bajo hácia la mar; me place
 verla estrellarse humilde en la ribera,
 al triste son que con sus hondas hace.
 ¿Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado
 allí por un instinto poderoso,
 á esperar al fantasma, amedrentado;
 porque le temo, aunque le busco ansioso;
 y no en vano. Del Africa viniendo,
 acercarse le veo de ola en ola,
 su caprichosa oscilacion siguiendo,
 la playa hasta tocar callada y sola.
 Huyo al verle llegar, y me parece
 (yo no sé si es el viento que murmura),
 mas creo que se rie y me escarneo,
 y en lengua que no sé, volver me jura.

THEUD. ¡Miserol!

ROD. Hoy le esperé; del horizonte
 destacarse le ví, crecer, llegarse
 más que nunca visible; huí hácia el monte,
 mas mi sangre sentí paralizarse
 cuando le oí lanzar hondo lamento
 que estuvo en tierra para dar conmigo,
 y gritarme le oí: «¡Vuelve, Rodrigo!»
 Y esta vez fué su voz, no la del viento.

THEUD. Fué, señor, vuestra loca fantasía;
 fué que la soledad y la abstinencia
 exaltan vuestra mente cada día
 más, y os minan la frágil existencia.

ROD. *Theudia, ya te he dicho; esta es la hora
 *del crimen; es el de hoy el mismo día
 *del año, y esa sombra vengadora
 sale hoy á reclamarme del abismo.
 El eco de su voz en mi memoria
 toda entera evocó la edad pasada;
 sí, todo cuanto fué, toda mi historia,
 fué voz por un espíritu lanzada.

THEUD. Fué voz por vuestro espíritu forjada.

ROD. ¡Ah! Lo ignoras tal vez. Hoy ha diez años que á Florinda ultrajé. (Theudia va á hablar; don Rodrigo le pone la mano en la boca.) No lo repitas. Hay en la soledad ecos extraños que te devolverian mis malditas palabras... pero sábelo; á esta hora... en mi palacio de Toledo... aun veo aquella escena amante, abrasadora; veo aun su rostro virginal que llora... y aun ¡sacrílego amor! que la amo creo.

THEUD. * ¡Señor!

ROD. * ¿Tú alguna vez en el seguro recinto del palacio no la viste?

THEUD. * Jamás la conocí; ¡mas la maldigo!

ROD. * ¡Theudia!—Inocente fué; yo te lo juro.

THEUD. * Pero os perdió su amor.

ROD. * ¿Quién le resiste cuando Dios nos le da para castigo?*

THEUD. ¡Infeliz!

ROD. ¡Lloras, Theudia! Te comprendo; te inspiro compasion.

THEUD. * Señor, si lloro, *es porque vos no veis, y yo estoy viendo *que Dios, que de piedad es un tesoro, *á vos me guía por su propia mano, *porque guíe desde hoy vuestro destino, *porque os recuerde yo que el sér humano *tiene su origen en el Sér divino. *Avergüénceos, pues, vuestra locura; *los ojos levantad al Dios que dijo: *«Venid á mí en las horas de amargura; *padre, os perdono en nombre de mi hijo.» *Necessitais trabajo y ejercicio; las fieras de las selvas nos convidan á sacudir de la pereza el vicio, y así echareis las sombras que se anidan, de la inercia á favor, en vuestro juicio. ¿Recordais que sois rey? Hé aquí un vasallo. ¿Que sois harto infeliz? Hé aquí un amigo.

¿Cenobita os haceis? Como batallo rezo; mandad, llorad, orad conmigo; pronto á partir con vos la vida me hallo; tendreis en mí un esclavo, don Rodrigo; de cuanto vuestro fué, yo solo os quedo, mas aun sois para mí rey de Toledo.

Mientras que viva yo, vuestra ventura seguiré, atado siempre á vuestra huella; si os condena la suerte á vida oscura, no ha de faltaros, pese á vuestra estrella, ni un vasallo que os cave sepultura, ni un amigo leal que os lllore en ella; y siempre queda mundo, don Rodrigo, al que le queda Dios y un buen amigo.

ROD. Theudia, tienes razon; Dios te me envía cual hora de consuelo y de bonanza en la borrasca de la angustia mia, cual iris mensajero de esperanza; tienes razon; tú irás siempre conmigo.

THEUD. Siempre.

ROD. Y emprenderemos otra vida mejor para mi espiritu.

THEUD. Y os digo que cobrareis vuestra quietud perdida.

ROD. Batiremos el monte.

THEUD. Y volveremos con hambre á la cabaña.

ROD. Y de la lumbre al amor, de otros tiempos hablaremos.

THEUD. Y oraremos tambien.

ROD. Tengo costumbre de orar al acostarme.

THEUD. Pues lo haremos juntos todas las noches.

ROD. Me temia, Theudia, que el campamento...

THEUD. ¿Lo cristiano en mí amenguara? ¡Oh, no! Con alegría sufro, y tengo fe en Dios.

ROD. (Con amargura.) ¿La corte mia
frecuentaste?

THEUD. Jamás; noble he nacido,
mas vivir en la corte no he querido
nunca.

ROD. Por ese crees, y el alma pura
conservas y leal.

THEUD. Es lo que ahora.
necesita, señor, vuestra amargura;
fe cierta, y lealtad consoladora.
Mas se hace tarde; reposad tranquilo
esta noche, señor, y nuestra nueva
vida mañana empezará. Este asilo
es seguro, y no hay nadie que se atreva
á penetrar en esta selva.

ROD. Pero
si esta noche...

THEUD. El pavor echad del alma;
yo estoy con vos, y yo soy un guerrero.

ROD. ¿Mas ya no te me irás?

THEUD. Dormid en calma,
señor; yo velo aquí.

ROD. No; estás rendido
de fatiga; esta noche necesitas
reposo tú. Mi lecho muy mullido
no es, mas yo te le doy con infinitas
albricias por tu vuelta.

THEUD. ¿Y vos?

ROD. Un rato
quiero estarme á la vera de la lumbre
conmigo mismo á solas.

THEUD. Mas...
ROD. Ingrato

el sueño huye de mí, y es mi costumbre
recogerme á altas horas.

THEUD. Hoy, empero,
no tardareis.

ROD. No á fe, que con el dia
te pienso despertar. Ve, pues; lo quiero.

THEUD. Os obedezco.

ROD. Ve, y en mí confía;
yo te despertaré.

(Va don Rodrigo á sentarse á la lumbre; Theudia, contemplándole, dice desde la puerta, levantando los ojos al cielo:)

THEUD. ¡Dios justiciero,
yo adoro tu piedad! Si tardo un poco,
desventurado rey, le encuentro loco.

ESCENA V

DON RODRIGO solo

ROD. ¿Y por qué si feliz ser ya no puedo,
con Dios no viviré y conmigo mismo
en paz? Bien dice Theudia; sí, mi miedo
sólo es supersticion, sonambulismo.
* ¡Lejos de mí quiméricas visiones!
* Ellos reposan en la tumba todos,
* y la tea apagó de las traiciones
* el huracan que dispersó á los godos.
* En mí acabó mi raza; fué sentencia
* del sumo Dios, que condenó al misterio
* de oscuridad perpétua mi existencia;
* mas lo que vale me mostró el imperio.
* Señor, yo acato tu poder, y acepto
* mi sacrificio entero. Si no pura,
* obediente mi alma á tu precepto,
* el cáliz beberá de su amargura. *
Sí; muerto para el mundo, en la montaña
viviré de la cruz bajo el abrigo,
y arrostraré la execracion de España
en nombre del que fué rey don Rodrigo.

FLOR. (Dentro.) Don Rodrigo.

ROD. ¡Dios mio! ¿Quién me nombra?

(Abrese la puerta del fondo, y á la luz de un relámpago se presenta Florinda, desmelenada y las ropas en desórden. Este personaje es altamente fantástico, y la determinacion de su carácter en la escena depende solamente de la actriz.)

Florinda presenta en su fisonomía, en sus miradas y en sus acciones, la vaguedad de la locura y la exaltación de la fiebre. Contesta maquinalmente, y no se fija en nada más que en el fuego, junto al cual se coloca con el placer de un loco que logra el capricho de su demencia, hasta que calmándose poco á poco, entra lógicamente en el sentido de la escena.)

ESCENA VI

DON RODRIGO y FLORINDA

- ROD. ¡Una mujer!
- FLOR. (Fijándose en la lumbre.) Aun arde; á tiempo llego.
(Siéntase Florinda al lado del fuego, gozando de su calor con insensata avides.)
- ROD. ¿Qué traéis? ¿Qué buskais?
- FLOR. Sed, frio, fuego.
- ROD. ¿Mas quién sois?
- FLOR. Nadie ya; soy una sombra.
- ROD. ¡Sombra! ¿Quién me la trae?
- FLOR. La mar, el viento.
- ROD. ¿Y de dónde?
- FLOR. Del Africa.
- ROD. ¡Es la mía!
- FLOR. ¡Ah! ¿Qué quiere de mí?
- FLOR. Vida, alimento.
¡Agua!... Tengo el temblor de la agonía.
¡Agua!
- ROD. ¡Ay de mí! Yo creo que deliro.
- FLOR. ¡Agua!... la calentura me sustenta,
y en el momento en que me deje espirar.
¡Agua!
- ROD. Ahí la tienes. (Señalando una vasija.)
- FLOR. (Después de beber.) Gracias. Dios en cuenta
te lo tenga, buen hombre; ¡qué cansada
estoy!... á esos peñascos he trepado
por este fuego y esa luz guiada.
Temí que me la hubieras apagado.

¡Qué agradable calor! ¡Cómo consuela!
Allá en la oscuridad, ¡qué frío hacia
sobre la mar! Pues ¿y en el monte? Hiela.

ROD. ¡Sobre la mar!

FLOR. Sin duda; yo venia
todas las noches á esta playa.

ROD. ¡Todas!

FLOR. Todas. Todas las noches de seis años,
siempre viendo pasar las naves godas
ante mí, y yo ¡qué afán! presa entre extraños.
Porque yo estaba en Africa cautiva,
allá en un torreón... sobre una roca
que daba al mar... mas ya no estaba viva.

ROD. ¿No estábais viva ya?

FLOR. No; estaba loca.

Yo lo sabia bien, porque sentia
que la razon se me iba por momentos;
mas el dolor con la razon huia,
y gozaba en mis locos pensamientos.
Un día mi señor trajo á un anciano
á la torre, y mostrándome, le dijo:
«Héla ahí». El viejo me tomó la mano,
é hizo de mí un exámen muy prolijo:
Aquel viejo era un sabio. ¡Pobre esclava!
(decia), mis pronósticos son ciertos;
esta es la fiebre que la vida acaba.
¿Nadie la curará? le preguntaba
mi señor... Yo afanosa le escuchaba.
Y el viejo contestó: Tal vez los muertos.
Si el rey que la infamó resucitase;
si á su edad virginal volver pudiera,
á su patria, á su amor, cual si tornase
de un ensueño, tal vez en sí volviera.
Tan sólo esta impresion desesperada
la podria curar. Mas id con tiento;
pues sólo por la fiebre alimentada,
cuando la deje, morirá.— Y ya siento
que se va poco á poco.

ROD. ¡Desdichada!

- El eco de su voz ¡ay! me estremece,
mas me atrae como imán; no sé qué encanto
sinistro tiene para mí; es el canto
traidor de una sirena que adormece.
- FLOR. Vivifica esta llama; bien has hecho
en no apagarla. Mira, me devora
la fiebre... me consume hora por hora
la vida... Mas percibo que mi pecho
se fortalece á su calor un poco;
muy poco, porque tiene mi existencia
un plazo fijo, y á su extremo toco.
Hoy moriré tal vez; es mi sentencia.
- ROD. ¡Hoy!
- FLOR. Hoy, que es día aciago. Tú no puedes
comprenderlo, es verdad; pero yo quiero
que lo comprendas. Oye: en las paredes
de mi prision habia un agujero
que daba sobre el mar. Desde él veia
siempre atada una barca en la ribera
que encima de las hondas se mecía,
é imán eterno de mis ojos era.
En ella sobre el mar iba y venia
todas las noches yo; me aproximaba
á estas playas; en ellas percibía
un sér de quien soy sombra; le llamaba;
venia... mas mi barca se volvia
á Africa, y yo volvia á ser esclava.
- ROD. ¿Veniais á esta playa en las tinieblas?
- FLOR. ¿Te he dicho eso? ¡Ja! ¡Ja!... No; lo soñaba.
- ROD. ¡Lo soñábais! ¿Mas hoy...?
- FLOR. Hoy en las tinieblas
nocturnas descendí de la montaña.
- ROD. ¿Mas cómo?
- FLOR. Como sombra; por el viento.
Rompió la tempestad, y en un momento
mi hermano el huracan me trajo á España.
- ROD. ¿Vais á España?
- FLOR. ¿Pues qué, no estoy en ella?
- ROD. Aun no.

- FLOR. ¿Conque es decir que ya no puedo
esta noche llegar?
- ROD. ¿Dónde la huella
queríais dirigir?
- FLOR. Voy á Toledo.
- ROD. ¡A Toledo! ¿Y á qué?
- FLOR. Allí he nacido.
- ROD. Yo tambien.
- FLOR. Allí fuí rica y querida.
- ROD. Yo tambien.
- FLOR. En su alcázar he vivido.
- ROD. Yo tambien.
- FLOR. Allí amé, mas fuí vendida.
- ROD. Tambien yo.
- FLOR. Una corona allí he perdido.
- ROD. Yo tambien.
- FLOR. Y allí, en fin, perdí mi vida.
- ROD. (Dadme fuerzas, Señor; luz en su mente
derramad, y abreviad este suplicio.)
¿Conque morísteis?
- FLOR. Dí, ¿vive realmente
el que pierde el honor, la fe y el juicio?
- ROD. No vive, no.
- FLOR. Pues bien, yo estoy ya muerta;
mas soy mi sombra, y á merced del viento
sobre la tierra voy vagando incierta,
porque un secreto revelarle intento.
- ROD. ¿A quién?
- FLOR. Al rey.
- ROD. ¿A cuál?
- FLOR. Al de los godos.
- ROD. ¿Y qué vais á decirle?
- FLOR. Es una historia
que él solo entenderá; no es para todos.
Nadie la sabe aun; en mi memoria
vive no más; y mira, he canecido
sólo por conservarla en ella escrita;
por ella mi nacion me ha maldecido,
y por ella mi raza está maldita.

ROD. Y la mía también.

FLOR. Odio, detesto
cuanto fui.

ROD. Yo también.

FLOR. Hasta el cariño
de los que sér me dieron, y el honesto
pudor de virgen y el candor de niño.
Oyela pues, entera la recuerdo,
mas no me la interrumpas; esta fiebre
me abandona, y tal vez si tiempo pierdo,
al par mi historia con mi sér se quiebre.

ROD. Habla.

FLOR. Yo era una flor que cultivaba,
un rey en el jardín de su palacio;
con solícito afán él me cuidaba,
y yo con mi perfume embalsamaba
de su real corazón todo el espacio.
Era aquel rey galán, rey de las flores,
y una elegir debía para esposa;
yo era entre ellas la flor de sus amores...
¡mas Dios me hizo brotar de los traidores
tallos de una letal flor venenosa!
Aquella flor de quien nació capullo,
en vez de contemplarme con orgullo
hija suya por ser y la elegida,
del aura de la envidia oyó el arrullo,
y envidió mi favor y odió mi vida.
Iba de noche el rey enamorado
al jardín, mientras yo casta plegaba
mis hojas sobre el cáliz delicado,
y él en silencio, y á mis piés echado,
con el aroma de mi amor soñaba.
Si en la sombra hácia mí tendió la mano,
tropezó de mi honor con las espinas;
porque yo frágil flor, y él rey liviano,
recelé y me previne... y no fué en vano.
Una noche... espesísimas cortinas
de tinieblas velaban tierra y cielo;
tendíome el rey la mano; el aura errante

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	<u>Reales.</u>
Figaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8. ^o con su retrato y biografía.....	80
Alvarez .—Derecho real: 2 tomos.....	30
Rossi .—Derecho penal: tercera edicion en un tomo.....	36
Arago .—Astronomía: 1 tomo.....	10
Poesías de D. José Zorrilla : 2 tomos.....	40
— de D. José Espronceda : 1 tomo.....	12
— de D. Tomás Rodríguez Rubí : 1 tomo.....	8
— de D. Juan Eugenio Hartzenbusch : 1 tomo.....	16
Arte de declamacion : por D. Carlos Latorre....	2
Memorias del príncipe de la Paz : 6 tomos.....	60
Y otras que figuran en los Catálogos	

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín y D. Fernando Fe.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.